D. VICENTE MANTEROLA

UN DONOSTIARRA ILUSTRE

LA SEPULTURA DE MANTEROLA

Yacen los restos mortales del ilustre orador en la capilla del cementerio de Alba de Tormes.

Desde Toledo, en cuya catedral desempeñaba el cargo de penitenciario, vino á predicar en la fiesta y octava de Santa Teresa de Jesús.

Los huesos de la mística doctora descansan en magnífica urna de plata que ocupa el centro del altar mayor en el convento de las Madres Carmelitas, en el cual altar y en sitio aparte se expone el corazón de la Santa con las espinas que tantas discusiones han originado entre lumbreras de la Iglesia y de la Ciencia.

Las fiestas religiosas de Santa Teresa se celebran en Alba de Tormes con gran pompa. Empiezan la víspera y duran ocho días, en cuyo transcurso llegan á la villa peregrinaciones de muchos pueblos de la provincia. La mayor afluencia de gente es en el día de la Santa, en el del domingo infra-octava y en el de la octava.

Por la mañana y por la tarde de los días que constituyen la semana teresiana hay sermón que corre á cargo todos los años de uno de los mejores oradores sagrados de España.

Por esta razón vino Manterola á predicar en Octubre de 1891.

* * *

Conocí á Manterola en Toledo. Corría el año de 1887 y acompañando al ilustre Pí y Margall y á don Ambrosio Moya, docto matemático y diputado de las cortes constituyentes del 69 y del 73, visité la imperial ciudad.

Manterola sentía profundo cariño y sincera veneración por don

Francisco Pí y Margall. Apenas supo que éste se hallaba en Toledo se apresuró á visitarle y á ofrecerse como *cicerone* en su visita á la catedral.

Toda una mañana empleamos en admirar el magnífico templo. Pí, revolviendo códices y debatiendo amigablemente con Manterola, apenas salió de la sacristía y de los archivos mientras el resto de la comitiva recorríamos todos los rincones del templo sin olvidar la torre para ver su célebre campana y admirar desde sus alturas el imponderable cuadro que ofrecen la histórica ciudad y la hermosísima vega del Tajo.

Cuando la visita terminó y nos despedimos de Manterola se cruzó entre el ilustre canónigo y el ilustre repúblico este breve diálogo en tono de broma cariñosa.

—Bueno, don Francisco; supongo que cuando sea usted poder se acordará de mí.

—Ya lo creo que me acordaré.

—Y me hará usted lo menos cardenal.

—Le haré á usted cardenal.... en todo el cuerpo.

* * *

Manterola vino á Alba el 13 de Octubre de 1891. Predicó por mañana y tarde desde el día 15 hasta el 21 por la mañana inclusive. Por la tarde se supo que el esclarecido orador estaba enfermo. Le sustituyó en el púlpito el carmelita P. Sebastián, que, por cierto, ha estado este verano en San Sebastián como capellán de Miramar, y pidió á los fieles sus oraciones para que Dios salvase la vida de Manterola.

La pulmonía que se le declaró el dia 21 acabó con su existencia el dia 24.

Tuvo una muerte ejemplarísima.

Se le encontró por todo capital en uno de los bolsillos de su ropa 28 reales en moneda de plata.

Se enterró en la capilla del cementerio del pueblo y la triste ceremonia fué una verdadera manifestación popular de sentimiento.

Al año siguiente ocupó la cátedra sagrada el chantre de la Catedral de León, señor Urra, quien anunció que se proponía continuar las disertaciones que la muerte no dejó acabar á Manterola, y, en efecto, empleó para reanudarlas la histórica frase de Fray Luis de León «decíamos ayer....» y seguidamente enunció el tema de su oración. «En materia religiosa lo bastante no basta; lo que sobra es lo que basta».

El obispo de la diócesis, P. Cámara, que ocupaba su lugar corres-

pondiente en el presbiterio, levantó la cabeza y dirigió una mirada interrogante al predicador, como diciéndole: pero ¿dónde va usted á parar?, y Urra, comprendiéndolo así, se encaró con el obispo y le dijo: —Sí; Excmo. é Iltmo. señor, lo que digo lo sostengo y lo demostraré.

Si cito este detalle es por hacer ver la importancia de los sermones en las fiestas religiosas de Alba y la de los últimos que pronunció el ilustre guipuzcoano que yace en la capilla del cementerio.

* * *

Esta mañana la he visitado.

El camposanto de este pueblo engaña.

Por fuera es tan alegre como triste por dentro. Sus muros son blanquísimos; tan blancos por fuera como moralmente negros por dentro. No diré que esté bien dorada la píldora; pero lo que es plateada lo está á conciencia. Como si con nieve traída de la sierra de Piedrahita hubiesen levantado los lienzos exteriores de sus tapias, el cementerio parece á gran distancia una paloma posada en el lomo de un cerro cuyas peladas rocas están separadas por pequeñas praderas que simulan pedazos de aterciopelada alfombra.

Una muchacha á quien sus compañeros de vecindad la han contagiado el mutismo, abre sin pronunciar palabra la añosa puerta pintarrojeada de rojo cuyos oxidados goznes prorrumpen en estridentes alaridos de desesperada agonía. Algunas gallinas, únicos seres vivientes que pisan para escarbarla la tierra de la ciudad de los muertos, corren asustadas y cacarean en su revuelo protestando con indignación contra mi presencia que ha turbado el silencio que las rodeaba y la paz de su festín.

Son las doce del medio día. El sol cae de plano calentando por igual á ricos y pobres en aquel democrático reino de la muerte. Las campanas de las iglesias del lejano pueblo tocan las oraciones. Toque alegre para el obrero que deja el trabajo y busca el placer de vivir en el seno amoroso de la familia. Pero como todo es del color del cristal por que *se oye,* á mí me parece que doblan á muerto.

Por entre las calles que forman las sepulturas, cubiertas las más por modestas pizarras en las que los vivos hicieron grabar la ofrenda de su amor á sus muertos, y rodeadas de verjas de forjado metal las menos, llego á la capilla, que está en el fondo como sitial de la presidencia de aquella asamblea de muertos.

Más que la popular poesía de Becquer cantando la soledad de los

muertos evoca la imaginación los versos de Murger que cantan la «aterradora armonía del silencio».

A derecha é izquierda de la capilla hay en los muros hileras de nichos, algunos de los cuales están guardados por cubiertas de madera pintada de negro, especie de toscas celosías puestas para evitar que el sol penetre y turbe el sueño de los que duermen disfrutando de *posición más elevada.*

La puerta de la capilla se abre también rugiente y perezosa. Desde el dintel al altar no hay dos metros de espacio, el suficiente, sin embargo, para que en el suelo se haya cabado una fosa y en ella descanse Manterola.

La mesa del altar, sin ornamentos sagrados, es de madera pintada de blanco que el tiempo ha llenado de injurias, y en su frente hay por todo símbolo un corazón sangrando atravesado por una daga. En la pared del fondo un pintor, con torpe mano sin duda, pero con sobra de almazarrón, quiso pintar un pabellón rojo entre cuyos pliegues hallase abrigo un crucifijo de madera tallada en la cual la polilla da tremendos asaltos y abre profundas brechas.

A la izquierda de la sepultura de Manterola hay medio tumbado contra el suelo un púlpito pintado de negro. Pronto se erguirá á la puerta de la capilla para que desde él un sacerdote hable á los vivos en plena fiesta de los difuntos. Entre tanto, allí está caído, arrinconado. Algo simbólico parece; algo como tributo rendido al que fué gloria del púlpito y de la tribuna. No es verdad que al lado del cadáver de Manterola está muy en carácter y como expresando yo no sé cuántas cosas, un púlpito caído?

* * *

Cubren el pavimento de la reducida capilla, baldosas cuadradas de barro rojo, y solamente el espacio que ocupa la fosa de Manterola está cubierto por una pizarra en cuya superficie se han grabado grecas y arabescos revestidos de purpurina dorada y la inscripción siguiente:

«El Iltmo. Señor
Don Vicente Manterola,
Penitenciario de la S. I. C.
Primada de España,
Ex magistral de las de Málaga y Vitoria,
ex diputado á cortes, etc.,
Falleció en esta villa

el 24 de Octubre de 1891.
R. I. P.
La villa de Alba de Tormes
como tributo á su memoria».

Y contemplando tumba tan modesta y tan olvidada, se recuerdan los versos del poeta sevillano, del mismo modo que al entrar en el cementerio se recuerdan los de Murger con preferencia á los de Becquer, y sin formular cargos contra nadie: ni contra el partido político que á la elocuencia tribunicia del difunto debió tanto, ni contra la provincia en la que vió la luz, se exclama:

Dios mío, qué solos, ¡demasiado solos! ¡demasiado olvidados! se quedan los muertos ilustres!

ANGEL MARÍA CASTELL.

Alba de Tormes y Octubre de 1901.

UN ARTÍCULO SOBRE BILBAO

Uno de los más importantes diarios de Buenos Aires publica un artículo de García Ladevese titulado *El país Basco al empezar el siglo XX,* y del cual vamos á copiar los párrafos más interesantes:

«Bilbao nuevo

El que después de una ausencia de veinte años de la capital de Bizcaya volviese hoy á Bilbao y contemplase esta gran ciudad moderna desde el puente del Arenal ó desde la Plaza Circular, donde se eleva la estatua del fundador de la invicta villa D. Diego López de Haro, creería que soñaba. Ciertamente, permanecería absorto dudando si era esta una realidad ó una ilusión de esas que forja la fantasía. Al ver los suntuosos barrios nuevos, con sus grandes vías de amplias aceras, sus lujosísimos comercios y sus soberbios edificios; al ver sólo en una calle, junto al puente, tres estaciones de ferrocarriles, cabezas de otras tantas vías férreas; al ver los tranvías cruzarse en todos sentidos, unos cargados de viajeros y de mercancías otros; al presenciar el movimien-